

Single's Bifocales & Producciones Doboeh

presentan:

Al final del pasillo

Calle 6 No. 618 e/. 25 y 27, Vedado

Noviembre de 2003

Exponen:

Italo Expósito
Ernesto Mayea (1912-2000)
Henry Eric Hernández
Abel Oliva
Lázaro Saavedra

Curaduría:

Bifocales (Giselle Gómez & Suset Sánchez)
Mailyn Machado

Con la colaboración de
Oficina Cultural de la Embajada de España
A E C I

Están al final del pasillo, reclusos dentro de esas cuatro paredes que conforman un sitio del que ya apenas se animan a salir. Para qué: fuera no existe nada que asir, solamente la fugacidad de la desmemoria. Allí tienen todo lo que necesitan, o al menos creen necesitar.

Porqué desmentir totalmente a quien afirmase que durante el último quinquenio el arte cubano ha padecido una especie de dislexia que se manifiesta en su pérdida espontánea –acaso obligada– de memoria, lo cual le ha llevado a desenfocar la mirada que en un tiempo sostuvo sobre los acontecimientos sociales que día tras día acaecían para construir una historia que ni siquiera se toma en cuenta por el Poder, y cuando se revisa es tan sólo para narrar una visión absolutamente parcializada y poco relativa. De hecho, enfrentar tales criterios devendría un contrasentido utópico que de antemano sabría su sino ficticio. Esa evasión mnémica en relación con ciertas zonas escabrosas de la sociedad y de nuestra historia reciente, la dificultad para aprender, leer e interpretar abiertamente los sentidos que brotan de esos hechos, la repetición de tópicos ya anquilosados dentro de los discursos del arte contemporáneo, el agotamiento retórico, el pánico a la mutación lingüística arriesgada, son algunos de los elementos que vienen a aportar una sintomatología de las probables enfermedades que actual y lamentablemente padecen nuestras artes visuales.

El mal de la forma se ha asentado en un amplio segmento del arte contemporáneo que se produce en este contexto, denotando la opción cosmética que éste ha tomado como atajo para llegar a otros espacios de circulación. Lo absurdo es que detrás de la nueva piel no encontremos ni siquiera los huesos. Ese esteticismo que prevalece en

buena parte de nuestra producción artística, y que está enclavado dentro de los cánones de un supuesto nuevo formalismo y de una visualidad de vanguardia, es hijo, en muchas ocasiones, de la falta de constancia investigativa sobre los condicionamientos propios de un tipo de producción que posee una historia y un devenir que la han hecho existir y mutar en pro de su mismo cuestionamiento. Ese vacío de sentido, la pureza mínima y fría, la economía constructiva, en otras tantas oportunidades es la consecuencia de un vacío raigal: no tener nada que decir o no saber cómo hacerlo; o lo que es peor: temer decir las cosas.

Acaso la mengua de la «simulación» y el «cinismo» adviertan que los tiempos que corren no son para andar con subterfugios, sobre todo cuando ya se han agotado muchas de las maneras de abordarlos. No se trata de eludir o desdeñar el glamour de lo light, a fin de cuentas quién puede evitar el engaño al ojo. Ello no presupone la necesidad de que el arte se convierta en un espacio para la redención y la utopía, justo cuando se está de vuelta del viaje hacia la ilusión y la libertad. Sin embargo, y pese a todo escepticismo, el estar aquí demanda, necesariamente, un estar atentos, y conservar quizás las mínimas cotas de decoro que implica el tratar de estar en paz con uno mismo y no callar siempre.

Posiblemente, esa sea la voluntad que perennemente ha animado un tipo de producción de sentido que mira a la realidad inmediata, al contexto social del cual emerge, para replantearse el orden según el cual están dispuestas las cosas. En el arte cubano ha sido una de las líneas discursivas constantes a través de nuestra historia; vertiente que se ha afianzado en determinadas épocas en dependencia de la propia dinámica social y política del país. El abordaje de la trama social y sus implicaciones para la conformación de un discurso histórico no conlleva, necesariamente, el tratamiento estereotipado, ni la representación literal del referente. Este ha sido tal vez el móvil

fundamental que ha tenido el posicionamiento fustigador de numerosos creadores y críticos en torno al discurso social del arte en Cuba y su consabida función, vocación que por demás se convirtió en el vehículo de reconocimiento de nuestra producción durante más de una década. Tal reprobación ha conducido incluso a una sana negación de la condición de cubanidad como un elemento de definición en su poética por parte de algunos artistas y curadores.

Toda la trascendencia que puede encarnar para la evaluación de lo artístico el despojarse del a priori nacionalista, en pro de la «diferencia» y la pluralidad de sentidos que rebasan las connotaciones que para un productor puede tener el pertenecer a un contexto específico, encierra, en el caso particular del campo artístico cubano de los últimos años, el inmenso peligro del ostracismo. A tenor de ese mismo interés por la presencia y la apariencia ublcua y cosmopolita, ha prevalecido una orientación del beheplácito institucional con propuestas a todas luces inocuas para el orden social, institucional y la instrumentalización regular del poder. De hecho esa carencia de problematización, amparada por el deslumbramiento esteticista, ha promovido toda una saga de reconocimientos por parte de la institución Arte, que permite sospechar acerca de unas segundas intenciones llamadas a preservar el status no conflictivo de esa producción como garante de su propio poder.

Preocupa la manera en que el arte ha reflexionado sobre la sociedad cubana, porque en la mayoría de los casos ha sido un razonamiento que aboga por el reconocimiento foráneo más que por el consenso o la problematización con los actantes del propio contexto. De ahí que, posiblemente, más allá de la mirada al fenómeno de la emigración y la insularidad, resulte difícil localizar el tratamiento serio y consecuente sobre otra serie de conflictos que ha engendrado la Cuba actual. Preocupa mucho más esa situación durante los últimos cinco

años, que tal vez han sido testigos de posicionamientos extremos en diversos enclaves de la sociedad.

De cualquier manera no pretendemos situarnos con esta exhibición en extremos excluyentes. Al final del pasillo alude, más que al término de un recorrido, a la propuesta de iniciar un trayecto particular que vuelva la mirada sobre esas zonas del imaginario colectivo que han sido preteridas, en muchas ocasiones, tanto por el discurso oficial como por las voces creativas. Un camino que se reconoce como una de las múltiples historias que podrían dar testimonio de lo que hemos vivido y del espacio en el que seguimos estando, con toda la sublimación y la ficción que cualquier narrativa encierra. Pero ese final no significa haber llegado a una meta posible, ni siquiera que estemos cerca de ella. Puede tan sólo convertirse en antesala de una dimensión mayor, inaprehensible; el punto donde ya no se espera nada o debemos tomar la forzosa decisión del retorno porque los pasos no pueden trasponer el muro. Para algunos puede significar repensar cosas, incluso a sí mismos; para otros, una vuelta a retóricas cansadas; tal vez para los menos, conservar un margen casi invisible de la secreta utopía y la irreverencia que nos hace conscientes.

Giselle Gómez y Suset Sánchez
BIFOCALES